

«Abran la torre ferrada,
»Y á esa mujer desolada
»Entréguenla su cristiano
»*El de la cruz colorada.*»

Las órdenes del sultán
Cumplen siervos guardadores;
Ya está libre el capitán
Con su bella y sus amores.
«Bendito seas el moro,
»El de los palacios de oro
»Y harenes para el placer:»
Exclamaba una mujer
Mientras corre en su alazano
Con su cautivo abrazada.
«Bendito...» calló turbada
Porque la abraza el cristiano,
El de la cruz colorada.

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

RECUERDOS DE BAENA

Sobre una altura escarpada,
Cuyo solo aspecto admira,
Por los años respetada,
Una población alzada
Cual roca del mar, se mira.

Jardín de eterna verdura,
Rico en fragancia y colores,
Cerca en torno á aquella altura,
Que ramillete figura
Tejido de hermosas flores.

Villa fuerte y fronteriza,
Fué espanto y terror del moro;
Y su vega fertiliza
Un río, que se desliza
Por entre arenas de oro.

Denegridos torreones
Cual marcial corona ostenta:
Como otros tantos pregones,
Con que á las generaciones
Sus timbres de gloria cuenta.

Y allá en la cima, aun en pie,

De su castillo famoso,
Que obra del árabe fué,
Trocado en jardín el foso,
La fortaleza se ve.

Sus armas ennoblecidas,
Triunfantes en cien batallas,
Mantienen, allí esculpidas,
Cinco cabezas, rendidas
Delante de sus murallas.

Y cuentan las tradiciones,
Que guardó cautivo, allí
En aquellos torrönes,
Como prez de sus varones,
Al rey moro Boabdelí.

De veinte pueblos señora,
Alza su almenada frente;
Y al resplandecer la aurora,
Recibe allá triunfadora
Los homenajes de Oriente.

Envuelta en niebla sutil
Y celajes de arrebol,
Ve á sus plantas bellas mil,
Venciendo el florido Abril
Y eclipsando al mismo sol.

Las hermosas circasianas
No son á su lado bellas,
Ni pueden las georgianas
Levantar la frente ufanas
Donde la levantan ellas.

Que es tanta su bizarría
Y tan gentil su apostura,
Que, dando luces al día,

El encanto y la alegría
Difunden con su hermosura.

Sus negros ojos abrasan
Y su mirar envenena;
Y por doquiera que pasan,
Los corazones traspasan
Las hermosas de Baena.

Sus labios de grana son
Como encendido capullo;
Y es su acento, una canción,
Que conmueve el corazón
Con su armonioso murmullo.

Y van siempre recatadas;
Porque saben que alucina
El candor de las tapadas:
Que no hay glorias más preciadas
Que las que el alma adivina.

Pero á través de su velo
Un rostro dejan mirar,
Que los ángeles del cielo,
Si descendieran al suelo,
Tuvieran por qué envidiar.

No ostentan en el tocado
Ni perfumes ni falsía,
Pero tienen vinculado
El gracejo celebrado
De la sal de Andalucía.

No han menester más riqueza
Para cautivar de amor,
Que su gracia y gentileza:
Pues vale más su belleza
Que el falso adorno exterior.

CIVILIZACIÓN DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LUIS V. TORRES
"ALFONSO RUIZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

AL EXCMO. SEÑOR
DON JACOBO MARÍA DE PARGA

CON MOTIVO
DE UN VIAJE QUE HIZO ÉSTE Á SALAMANCA

El mundanal estruendo y torbellino
Huyes, Jacobo, y buscas solitario
De la virtud el templo peregrino.
Dichoso tú, que libre del precario
Bajel, y de la sirte y golfo exento,
Te abrigas en el puerto hospitalario!
Combatido yo aquí por rudo viento,
El turbado timón sostengo apenas,
Ya el pecho quebrantado y sin aliento.
Las horas para tí vuelan serenas
En tanto, y los antiguos capiteles
Contemplas ya de la española Atenas.
Sus cúpulas doradas las cruëles
Manos del tiempo acaso confundieron,
Y talaron sus inclitos laureles.
Do en la pasada edad resplandecieron,
Las ciencias, hoy de nuestro flaco orgullo
Desdén al par y escarnio recogieron.
Pues no del cierzo al destemplado arrullo,
Que tierna mies agosta y arrebatada,
Abren las rosas virginal capullo.
Los mármoles y bronces, donde acata
Su saber de otros siglos la cultura,
Ya nada enseñan á la turba ingrata.

De sí misma olvidada, ni aun procura
Sus altos timbres conservar, ni advierte
Que ciega labrará su desventura.
Tú levantas erguido el pecho fuerte
Y la contemplas mísera! ¿Quién sabe
Si su inercia fatal podrá vencerte?...
En vano inquietas! Que tu acento grave
Asombra á los que doctos se apellidan,
Y huyen de tí, cual de siniestra ave.
No ya del sabio fundador convidan
Los nobles láuros á la docta Escuela,
Do caducas memorias solo anidan.
Subir la prole generosa anhela
Del árduo monte á la empinada cumbre,
Do la ciencia inmortal sus dones cela.
Mas al correr tras la distante lumbre
Sin guía, en hondo abismo se despeña,
Y sigue del error la servidumbre.
¿Por qué hoy se acogen á su negra enseña
Los que ayer ilustraban las edades?...
¿Por qué su orgullo la verdad desdeña?...
Al carro de mundanas vanidades
Uncidos, mueven el indocto labio
A disculpar sus torpes liviandades.
La razón al mirar en tanto agravio,
Cubre el rubor tu esclarecida frente
Y la asombrada faz ocultas sabio.
Ninguno precia de la edad presente,
Que de error en error ciega camina,
De otra edad los tesoros diligente!
Ni aun hallas de la ciencia á que te inclina,
La pura lumbre de tu ingenio raro,

Quien la senda frecuente peregrina.
No el pórvido de Egipto, ni de Paro
El dócil mármol, ni el diamante duro
Que en Catay persigue inglés avaro:
No el tostado león y tigre oscuro
De la desierta Hircania y Libia ardiente,
Ni el camello veloz y al par seguro:
Tampoco la benéfica serpiente
Que América en su seno lleva y cría,
Ni el pez dorado que la mar consiente,
Busques, Jacobo, en singular porfia:
Tu ciencia es ya culpada de enojosa,
Y, tal vez, condenada como impial...
Si al desplegar ligera y temblorosa
Sobre el nitido cáliz de las flores
Sus alas la versátil mariposa,
Ostenta los bellísimos colores
Que los rayos del sol en mil cambiantes
Quiebran, robando al par sus resplandores;
Si abre sus tiernos pétalos fragantes
De Jericó la rosa entre jazmines,
Estrellas de la aurora rutilantes,—
No esperes, dulce amigo, ni imagines
Que hallarás quien contemple en su hermosura
De Dios la mano y los ocultos fines.
Al levantar los ojos á la altura
Donde, en eternos ejes suspendido
Por invisible ley, el sol fulgura,—
No, de insólito ardor el pecho herido,
Quien descubra hallarás su movimiento,
En tan sublime arcano embebecido.
Si un tiempo de Colón el alto acento

Resonó en los dorados artesones,
Asombro de los sabios y portento,
Desiertos de tan inclitos varones
Yacen los nobles pórticos, trocadas
En fúnebre silencio sus lecciones.
De sus preclaros timbres despojadas,
Las Musas huyen del recinto ameno,
Do se vieron de láuro coronadas.
No ya soltando, cual sonoro trueno,
La voz fogosa y grave y expresiva
Que subyuga la mente, agita el seno,
Se escucha al docto cordobés Oliva,
Ni vence el gran León la turba insana,
Que en su daño se ceba vengativa.
Muda está del Brocense la romana
Elocuencia, durmiendo en triste olvido
Su doctrina, otro tiempo soberana.
En vano en tu memoria va esculpido
Tanto recuerdo!... Que en tu pecho sólo
Hallan altar las ciencias erigido.
La dulce voz del valenciano Polo,
Que venciera en sus cantos la ternura
De Tibúlo emulando al sacro Apolo,
Envuelta ya en silencio y sombra oscura,
No repite de luso las canciones,
Del pastoril albergue en la ventura.
Los mármoles de egrégias inscripciones
Cubre ignorante polvo, envilecidas
Sus glorias y sin fúlgidos blasones.
En las rabiosas manos sacudidas,
Arde la destructora horrible tea,
Las fábricas del arte destruidas.

El rico alerce entre el escombros humea,
Y derrumbado el capitel famoso,
La torre de cien codos, ya flaquea.

El humo crece, y crece el espantoso
Crujir, y la alta bóveda cayendo,
El suelo gime al golpe fragoroso.

Al bárbaro estallido y ronco estruendo,
De las abiertas tumbas profanadas,
Un grito de dolor sale tremendo;

Y del oscuro centro levantadas,
Entre las turbias llamas resplandecen
De cien héroes las sombras veneradas.

En sus hondos asientos se estremecen
Las moles de granito, y convertidas
En polvo y en ceniza, desaparecen.

Do las gigantes cúpulas bruñidas
Mostraban sus cabezas, donde alzaron
Nuestros padres sus preces doloridas,—

Ora tus tristes ojos encontraron
Incultos eriales, donde apenas
Las frágiles memorias se guardaron.

Entre el movable polvo y las arenas
Buscas, acaso, un nombre esclarecido,
Y en vano el pecho de esperanzas llenas.

Al cabo llorarás tu afán perdido;
Pues do brilló la losa funeraria,
El beleño retoña maldecido.

Ni aun benigna una mano hospitalaria
Del oscuro naufragio y fiera ruina
Las reliquias salvó!... ¡Suerte contraria!

¿Dónde el sepulcro está del docto Espina?
¿Do el túmulo modesto?... ¿Do el lucillo,

Recuerdo humilde del festivo Encina?...

Si de eterna aureola el puro brillo
Rodea de León la sien gloriosa,
Creciendo el láuro, á que mi frente humillo,

No esperes, no, de su ignorada losa
Hallar ¡oh dulce amigo! algunas señas,
Ni el sitio descubrir donde reposa.

Tal vez remueves calcinadas peñas,
Y entre ellas viendo mustia siempreviva,
La ansiada dicha alborozado sueñas.

Mas ¡ay! Todo ilusión!... La raza altiva
Quiso escalar soberbia el alto cielo,
Los nobles restos esparciendo esquivá!

Escombros, ruinas, tu incansable anhelo
Logra doquier, y tristes desengaños
De acíbar llenan de tu edad el hielo.

La que admiraba un tiempo á los extraños,
Prez de Castilla y de la España gloria,
Cayó postrada al golpe de los años!

Apenas reverdece la memoria
De la preclara salmantina Escuela,
Ilustre monumento de la Historia.

Y es fama que en la noche oscura vuela
Sobre los altos muros leve sombra,
Que en llanto acerbo su dolor consuela;

Y entre suspiros mil los hijos nombra
De la docta Academia, y lastimera
A la rústica gente al par asombra.

La Musa es inmortal del grande Herrera,
La de sublime voz y alzado estilo,
Que, del Bétis dejando la ribera,
Viene á llorar los manes de Batilo!

DON ANTONIO DE TRUEBA

LA NIÑA DE OJOS AZULES

I

Ved á la dulce niña
De ojos azules
Risueña como el cielo
Cuando no hay nubes;
Vedla qué hermosa,
Vedla coloradita
Como las rosas!
Fué ayer á San Antonio
De la Florida,
Que da el Santo bendito
Novio á las niñas.
Y un bello novio
Le salió al dar la vuelta
De San Antonio.

Por eso está contenta,
Por eso canta
Como los pajaritos
Por la mañana;

Que era muy triste
Sin tener un mal novio
Cumplir los quince.

El novio que á la niña
Salió ayer tarde,
Jura que la idolatra
Porque es un ángel;
Y ella es tan niña,
Que cree en juramentos
A pie juntillas.—

Niña, palabras dulces
No te seduzcan,
Pues en el Diccionario
Las hay de azúcar;
Préndate de hechos,
Pues en el Diccionario
No se hallan éstos.

Si un galán te abandona,
No te dé pena;
Pronto encontrarás otro
Que más te quiera,
Pues, niña hermosa,
«Tienes ojos azules,
Ojos de gloria.»

II

Niña de ojos azules,
Ojos de gloria,
Si estabas colorada
Como las rosas,

Hoy estás, niña,
Como las azuceras
Descolorida.

Un besito apostemos
A que adivino
Por qué tienes el rostro
Descolorido...
Por más que calles,
En este mundo, niña,
Todo se sabe.

Sales todas las noches
A tu ventana,
Y los hondos suspiros
Que en ella exhalas
Van á la mía
Y me lo cuentan todo,
Todito, niña.

Tienes enferma el alma
De mal de amores;
Quieres y no te quieren...
¡Pícaros hombres!
Así son todos:
A la que quiere mucho
La quieren poco.

No me admira el mal pago
De tus amores,
Que amores de este mundo
Buscan los hombres,
Y en mi concepto
Los tuyos se parecen
A los del cielo.

¡Quién espera en amores

Hallar la dicha
Cuando llora por ellos
La pobre niña,
La niña hermosa,
La de ojitos azules,
Ojos de gloria!

III

Te he visto en la Almudena
Muchas mañanas
A los pies de la Virgen
Arrodillada.
¡Por qué escondías
La cara con el velo
De tu mantilla?

Niña, se me figura...
¡Dios me perdone!
Que mezclabas con llanto
Tus oraciones.
¡Qué le pedías
A la Santa Patrona
De Madrid, niña?

¡Le pedías venganza
Contra el ingrato
Que su amor te rehusa,
Que un día acaso
Ante la Santa
Patrona de la villa
Fe te juraba?

Pero tus dulces ojos

Bien claro dicen
Que es amor, no venganza,
Lo que tú pides,
Quien tu amor siente,
En lugar de vengarse
Perdona y muere.

¡Ay, Dios, quién fuera dueño
De tu amor, niña,
Como aquel que te puso
Descolorida,
Que te desdeña,
Que ha trocado las rosas
En azucenas!

Por que tienes el alma
Que yo ambiciono,
Y el amor de los cielos
Miro en tus ojos.
Pues, niña hermosa,
«Tienes ojos azules,
»Ojos de gloria.»

IV

¡Silencio!... Las campanas
Tocan á muerto!
¿Si habrá muerto la niña
De ojos de cielo?
Sin duda es ella,
Que no la he visto há días
En la Almudena,
Que no se oyen suspiros

En su ventana,
Que están mustias las flores
Que ella regaba,
Que su cabello
Adornaba con tristes
Rosas de muerto!...

Yo la hubiera querido
Con alma pura,
Como quieren las almas
Como la suya;
Pero esa niña
Me dijo: «Un amor basta
Para una vida.»

Vengan ingratitudes
Otras mujeres;
Pero... ¡bendita aquélla
Que amando muere,
Por más que el mundo
Siembre ironía y burlas
En su sepulcro!

Más allá del martirio
Se encuentra un cielo
Donde los nobles mártires
Tienen asiento,
Donde halla siempre
Amor de los amores
Quien de amor muere.

Y en él está la niña
Desventurada
Que lloró en la Almudena
Muchas mañanas,
La niña hermosa,

La de ojitos azules,
Ojos de gloria.

LA PEREJILERA

Al salir el sol dorado
Esta mañana te ví
Cogiendo, niña, en tu huerto
Matitas de perejil.

Para verte más de cerca
En el huerto me metí,
Y sabrás que eché de menos
Mi corazón al salir.

Tú debiste de encontrarle,
Que en el huerto le perdí.
«Dámele, perejilera,
»Que te le vengo á pedir.»

LA SERRANA

I

Allá abajo en el valle
Tengo una choza;
Manzanitos floridos
Le dan su sombra,
Y entre las ramas
Cantan allí las aves
Por la mañana.

Al lado de mi choza
Mana una fuente,
Una fuente fresquita
Como la nieve,
Y á mi ventana
Trepan á darme flores
Las pasionarias.

Sólo falta á mi choza,
Y el alma busca,
Una cara de cielo
Como la tuya.

«Serrana hermosa,
»Deja tu serranía,
»Vente á mi choza.»

II

Esos ojos de cielo
Dicen, serrana,
Que el amor es la gloria
Que más te agrada.
Sígueme al valle,
Que amor de los amores
Allí he de darte.

Verás qué envidia tienen
Tus compañeras
Cuando al bajar á misa
Tu dicha vean,
Verás qué ingratas
Parecen estas sierras
A las serranas.

Como que tú mereces
Un paraíso,
Paraíso es la choza
Con que te brindo.
«Serrana hermosa,
»Deja tu serranía,
»Vente á mi choza.»

Á LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

I

—¡Con que adiós, sol de los soles!
—¡Jesús! ¿tan pronto te vas?
—No me puedo detener,
Que el alba despunta ya,
Y si nos ven aquí hablando,
¡Sabe Dios lo que dirán!
—Pues si te vas, no me olvides.
—Yo no te olvido jamás.
¡Mal haya amén tu ventana
Que en el quinto cielo está!
—Si quieres una escalera,
En la iglesia la tendrán.
—Iré á pedirla muy pronto.
—¡Pues sólo así subirás.
—Adiós, sol.
—Adiós, lucero.
—Adiós, prenda.
—Adiós, galán.

¡Qué gallardo! ¡qué gallardo!
Le quisiera contemplar
Mientras atraviesa el raso
Que hay desde aquí al robledal.
«Estrellitas relumbrantes,
»Dadme vuestra claridad
»Para seguirle los pasos
»A mi amante que se va».

II

Entre los mozos del valle
No hay ninguno tan galán
Como el que el alma me roba,
Como el que mi esclavo es ya.
Ojos míos, ojos míos,
No le dejéis de mirar,
Que los suyos también miran
De cuando en cuando hacia acá.
De alegría va cantando...
¡Ay, qué precioso cantar!—
—«Aunque no quieran tus padres,
»Ni el cura, ni el sacristán,
»Si me cumples la palabra,
»Contigo me he de casar.»—
Nos casaremos, bien mio;
Y si no, me enterrarán.
Pero ya sale del raso,
Ya se acerca al robledal,
Ya la sombra de los robles
Me le ha empezado á ocultar...

«Estrellitas relumbrantes,
»Dadme vuestra claridad
»Para seguirle los pasos
»A mi amante que se va.»

DOÑA CAROLINA CORONADO

EL AMOR DE LOS AMORES

I

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á tí, dulce amor mío,
Cuando lleguen al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...

A tí, sin nombre para mí en la tierra
¿Cómo te llamaré con aquel nombre,
Tan claro, que pueda ningún hombre
Confundirlo, al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de tí, que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,